

Se reúne en este epistolario la correspondencia que María Zambrano escribió a Gregorio del Campo. Cartas en una sola dirección, pues no se han hallado las correspondientes de Gregorio del Campo. Supuestamente están redactadas entre 1922 y 1926 (o 1928, duda que apunta la editora). Son cartas de una joven estudiante de filosofía, María Zambrano, entre los dieciocho y los veintidós años, dirigidas a su novio. De esta relación no se tenía noticia, y sin embargo sí se ha tenido de la que mantuvo con Miguel Pizarro intermitentemente entre, al menos, 1917 y 1936. La prohibición del padre de María Zambrano y tío de Miguel Pizarro, Blas Zambrano, tiñó con visos dramáticos la relación amorosa entre los primos. Por esta causa, la ruptura sucedió en 1921, y parece ser que María Zambrano iniciaría con Gregorio del Campo un tiempo después la relación que queda reflejada en este epistolario. «Quien va por el mundo a tientas lleva los rumbos perdidos», dice la zambra de Quintero, León y Quiroga: la joven María Zambrano parecía llevar los rumbos perdidos con Gregorio del Campo, así en sus cartas se desesperaba, preguntaba, acusaba y suplicaba respuestas de quien, por la descripción de la autora, era nada menos que una «piedrecica». Militar de carrera, destinado a la guerra del Rif en esos años –hechos de los que vagamente queda constancia en algunas de las cartas–, Gregorio del Campo sería fusilado en 1936 durante la guerra civil española.

Acostumbrados los estudiosos de Zambrano al celo con que la filósofa conservó en pura opacidad su íntima biografía, que acaso transformaría en relato filosófico (el saber de la experiencia, sólo nos cabe recordar *Delirio y destino* y tantos otros escritos suyos) pero no en alusiones personales y privadas, sino más bien profesionales, a tantos personajes como conociera a lo largo de su vida, nos sorprende ahora romper la intimidad de esa joven mujer. Es esta una cuestión sobre la que estudiosos y biógrafos de todas las nacionalidades no terminan de ponerse de acuerdo.

No obstante, es de sumo interés para biógrafos e historiadores de la filosofía, así como para zambranianos, asomarse al nacimiento de la filósofa como tal. Se ven reflejadas en estas cartas algunas ideas que ya después cobrarán forma e irán definiéndose en la posterior andadura filosófica: la relevancia de la religión y del arte, de la literatura y el cine, pero también la conciencia de ser mujer y defender su condición. En la sucesión cronológica va perdiendo fuerza el lenguaje privado de los enamorados, el uso de los diminutivos y regionalismos va disminuyendo para dar paso a la narración del acercamiento a la filosofía en la vida de María Zambrano, aunque no deja de mezclarse la reflexión con los avatares sentimentales de ese momento.

En la introducción, María Fernanda Santiago Bolaños narra su encuentro con la familia de Gregorio del Campo, la experiencia de ser la depositaria de este epistolario y nos sitúa en el contexto de María Zambrano por un lado, y de Gregorio del Campo por otro. Así nos da a conocer la vida, la cortísima vida, de este militar que, como tantos otros, moriría en la guerra civil española. Nos cuenta también Santiago Bolaños de ese hijo que Zambrano tuvo y que murió, ese secreto del que no se había hablado, y si

se había hecho sería en el secreto de las personas cercanas a los protagonistas de este drama. Las alusiones están en estas cartas, tristes detalles que Zambrano da de manera contenida, porque ella era entonces nada más que una «mujercita que tiene en sí muchas cosas», no era la María Zambrano filósofa como la conocemos ahora. Una tragedia íntima que había quedado en la penumbra del secreto. O será solamente una metáfora que la incipiente escritora, la futura filósofa, ensayaba para referirse a otro asunto. Nos queda, pues, la duda.

Como la misma María Fernanda Santiago Bolaños afirma en el prólogo, profundo es el trabajo de edición crítica que requiere este epistolario.